

Las relaciones de Japón en el este de Asia

Rodolfo Molina

CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
hector1240@yahoo.com.ar

Resumen

Aunque en principio limitado por las condiciones de posguerra y la Ocupación, y después por la Guerra Fría, Japón desarrolló tempranamente de modo muy particular formas de relacionarse con sus vecinos del Asia oriental que le permitieron superar obstáculos. La separación de los vínculos económicos de las relaciones políticas le hizo posible desarrollar los primeros con gran intensidad, característica común a sus relaciones con China y con Corea del Sur, aunque la vinculación fuera diferente en cada caso. Excepción a esa separación, han sido sus relaciones con URSS/Rusia, parcialmente, y con Corea del Norte ahora en forma total.

Palabras clave: Asia oriental, Japón, China, Corea, relaciones.

Japan's relations in East Asia

Abstract

Although at the beginning it was limited by the postwar conditions, the occupation and the post-Cold War period, Japan soon developed, in a very particular way, manners to establish relations with its neighbors in East Asia that allowed it to overcome a series of obstacles. The separation of the economic and political issues made it possible to develop the former with a great intensity, a feature that is common to its relations with China and South Korea; even though the link was different in each case. An exception to that division has been its relations with the Soviet Union/Russia, partially, and totally with North Korea.

Keywords: East Asia, Japan, China, Korea, relations.

1. Introducción

Referirse a Japón en sus relaciones en el este de Asia significa establecer, en primer lugar, quiénes son los integrantes de esa región del mundo. No obstante, eso no sería hacer una referencia simplemente informativa, tener unos datos necesarios para la posterior intelección del desarrollo: cualquiera sea, esa aparentemente simple información estaría definiendo el problema y determinando el posterior desarrollo de los problemas abordados.

La mención del este de Asia suele evocar sintéticamente los nombres de Japón, de China y de Corea –en general la del Sur–. Puesta así la vista sobre el mapa, esa mirada no carece de ciertos presupuestos –cada uno de ellos de distinto orden pero que en conjunto dicen de lo ideológico–¹. Resulta sencillo ubicar a los tres países: Japón, China y Corea porque están sobre el mar y cada uno de los tres está frente a los otros dos. Pero, y –quizás– sobre todo, porque los tres nombres son casi sinónimos del *éxito* económico, y eso los hace siempre presentes. Japón y China han sido desde hace siglos objeto de fantasías *orientalistas*, las que en las últimas décadas fluctúan entre los dos ideogramas polares de *tradición milenaria* y de *milagro económico-tecnológico de futuro*.² A ellos se ha agregado más recientemente el *milagro* tecnológico de Corea del Sur. A su vez, la diferencia entre los nombres Corea –sin más– y Corea del Sur remite a otra Corea no nombrada, la del Norte, carente de títulos para ser incluida en el paquete de exotismo y tecnología,³ pero cuyo nombre figura en el mapa y que es actualmente uno de los centros de atención de la política internacional. Más asombrosa aún es la invisibilización, ya habitual, de la mediterránea Mongolia –en la que los occidentales no se interesan desde la caída del imperio que forjó Gengis Khan–. A su turno, la evocación espontánea de los nombres *Este y Asia* parece descalificar también la candidatura a la inclusión de Rusia, ya que no es exótica ni tiene señalado éxito económico ni aparece como tecnológica –aunque se dice otra cosa cuando se justifica la carrera armamentista–. No obstante, la costa rusa del Pacífico tiene unos 4.500 kilómetros: las relaciones con Japón tienen que ver con la tierra firme y el mar que la baña, y con islas ubicadas entre ambos países. Último caso pero que debería ser tratado primero: la presencia política y económica de EEUU en el este de Asia; un país que no es asiático pero cuya referencia es insoslayable en el tema que se trata.

Por otra parte, como todas las historias nacionales de los últimos siglos, la historia de Japón ha sido una narración Estado-céntrica.⁴ Algo semejante ocurre en como se suelen explicar las relaciones internacionales: narraciones de las que entran y salen personajes (países) sin que los presupuestos cambien. No obstante, en las últimas décadas hay también en

Japón toda una corriente historiográfica –no dominante, claro– que trata de abordar su historia en la consideración permanente de sus vínculos naturales y culturales con el resto de la región. Sin embargo, es necesario tener presente que si bien japoneses, chinos y coreanos se reconocen entre ellos por rasgos físicos comunes y por una multiplicidad de pautas compartidas que van desde la alimentación y las relaciones interpersonales hasta varias prácticas de la cultura política (a pesar de la diferencias de regímenes políticos y económicos), lo cierto es que hasta hace un siglo no existió en el este de Asia la idea de que formaban una cierta comunidad, área o bloque⁵ de un tipo equivalente a las nociones de *cristiandad* u *Occidente* usadas –según la época– en el otro extremo de la masa euroasiática. Hasta hace pocas décadas las viejas expresiones occidentales “Lejano Oriente” o “Extremo Oriente” se sobre imponían con su carga ideológica pesando en la política y en la academia.

En relación con lo anterior, cabe señalar que hasta fines del siglo XIX, las relaciones que tenía Japón con China y con Corea se asentaban sobre prácticas y conceptos muy diferentes de las relaciones entre países europeos desarrolladas desde fines de la Edad Media, afinadas en Westfalia y pulidas después de cada una de las dos guerras mundiales. Las que mantienen actualmente se asientan en estos moldes de las relaciones entre países.⁶ En cualquier caso, el conjunto de las relaciones de Japón con los demás países del este de Asia se desenvuelve dentro del campo de fuerzas definido por las condiciones políticas y económicas internas de Japón, las condiciones de la política y la economía mundiales (y dentro de ellas las de los países del Asia oriental) y las relaciones de Japón con EEUU, todas ellas estimadas según los mejores intereses de Japón considerados por sus sectores dirigentes. En este sentido, se está lejos de la imagen intencionada por algunos teóricos de las relaciones internacionales, según la cual pareciera que los gobernantes *eligen* –por ideología, por nivel de inteligencia o por valores morales– un *modelo* de relacionamiento con el exterior ora realista, ora *estructuralista*, ora constructivista, etc: de lo que se ha tratado siempre para Japón es de tomar decisiones que den lugar a obtener mejores ganancias cediendo lo menos posible de su autonomía –aún a pesar de los posibles errores de cálculo–.

2. Las relaciones de Japón con EEUU

Japón se abrió al comercio y a las relaciones con la mayor parte de los países del mundo tras el ultimátum de EEUU de 1853; fue ocupado por EEUU en 1945 y recuperó la soberanía en 1952 sobre la base del Tratado

de Paz hecho en 1951 (Tanaka, 2014: 335),⁷ habitualmente nombrado como Tratado de San Francisco. Parece pertinente, entonces, comenzar con estas relaciones, definidas por Mike Mansfield en su primer discurso como embajador en Japón (1977-1988) como “las más importantes relaciones bilaterales del mundo, sin excepción”, expresión hoy clásica que Mansfield reiteró innumerables veces. Con el Tratado de 1951, hecho en plena Guerra de Corea, junto con su independencia Japón estableció las bases de relaciones soberanas con otros países firmantes, siendo de particular importancia el restablecimiento de relaciones con los países del sudeste de Asia que habían sido invadidos o colonizados por Japón. Sin embargo, para facilitar el trámite no hubo nadie en nombre de Corea ni en el de China. Aunque a aquella conferencia no fue invitada ninguna parte en nombre de China, el secretario de Estado John Foster Dulles dejó claro ante el entonces primer ministro de Japón, Yoshida Shigeru, que de no establecer relaciones con Taiwán no habría independencia. Y así se acordó. Es decir, finalizada la Ocupación, Japón quedó formando parte del bloque encabezado por EEUU en la Guerra Fría. Ese año también se firmó el Tratado de Seguridad Nipo-Norteamericano (Tanaka, 2014: 347) que aseguraba la defensa japonesa, y esto por el artículo noveno de la Constitución (sancionada en 1946, en vigor en 1947) en el cual Japón había renunciado a la guerra como medio de resolución de conflictos y también a la posesión de fuerzas armadas (Tanaka, 254). Al mismo tiempo, en plena Guerra Fría Japón quedaba bajo lo que en jerga se denominó *el paraguas nuclear* de EEUU.

Con el triunfo de la Revolución china (1949) y con el estallido de la Guerra de Corea para EEUU era fundamental tener un aliado seguro e industrializado en esa parte del mundo, especialmente conflictiva por los dos fenómenos arriba mencionados y además por los temores de que se produjeran explosiones sociales como consecuencia de las condiciones de miserias dejadas por la Guerra de los Quince Años (1931-1945). Al tiempo que para Japón el conflicto bélico de Corea significó la oportunidad de reactivar su economía y también de obtener las divisas que necesitaba para ese fin. Incentivada así, la recuperación económica se sostuvo y fue seguida después por el período llamado de alto crecimiento económico. Japón gozó del acceso al mercado norteamericano de mercancías y de facilidades para la adquisición de nuevas tecnologías; ambos, dieron lugar, a su vez, al aumento de la producción y a una innovación amplia, la cual fue activamente perseguida por gobierno y empresas.⁸ Es decir, el beneficio o la *ayuda* estadounidense a Japón estuvo dada por diversos factores, de distinto orden y nivel de análisis, desde lo estructural hasta lo personal individual (si se quiere esto también) y que podrían ser mencionados sintéticamente como: a) reindustrialización

de Japón a partir de 1948 facilitada por EEUU como efecto de la Guerra Fría (“marcha atrás” de las reformas iniciadas por la Ocupación norteamericana); b) no necesidad de un gran presupuesto militar en tanto el tratado de seguridad mutua aseguraba la defensa; c) fijación de una tasa de cambio del yen en 360 unidades de moneda japonesa por dólar (1949); d) acceso favorable al mercado norteamericano; e) adquisición de tecnología a precios y en condiciones relativamente favorables.⁹ Un estímulo extra estuvo dado por las condiciones en que EEUU contribuyó a negociar las compensaciones japonesas a los países del sudeste de Asia invadidos por Japón antes y durante la Guerra, que no implicaron desembolsos para Japón sino que, por el contrario, se trató de que Japón les saldara manufacturándoles las materias primas que los países acreedores de compensaciones le entregarían con ese fin; lo cual, si bien no implicaba una ganancia directa inmediata, contribuyó a mantener la industria japonesa activa y, sobre todo, fue una de las principales razones de la posterior conexión económica de Japón con los países del sudeste asiático, una vez saldadas las compensaciones.

En la existencia misma de cada factor, en el efecto de agregación generado, y en la combinatoria resultante de todos ellos residió lo fundamental de la *ayuda* de EEUU a la industrialización de posguerra de Japón (aunque hubo dos programas oficiales de ayuda del gobierno norteamericano (Takagi, 1995) no existió un largo sifón de dólares frescos y baratos, como alguna vez se ha querido suponer).

Establecidas las bases de las relaciones de posguerra, a lo largo de tres décadas y hasta comienzos de los años ochenta, la política norteamericana hacia Japón estuvo –se podría decir– orientada por lo que cierta mordacidad denominaba “el club del crisantemo”; es decir, una línea política estadounidense ampliamente proclive a tener una actitud favorable a Japón.¹⁰ Esa tendencia tuvo un carácter predominante y marcado hasta comienzos de los años setenta, cuando quedó claro que Japón se había convertido en una potencia económica. Sin embargo, aún con ese carácter, las relaciones no carecieron de matices.¹¹ En Japón, por su parte, desde los años cincuenta, y hasta comienzos del siglo XXI, ha habido –con intensidad variable– dos orientaciones de política exterior conservadora algo diferentes entre ellas, sin por ello apartarse de la alianza con EEUU.¹² Una, más ostensiblemente anticomunista, más pro norteamericana y pro Taiwán, y otra línea que era más abierta a las relaciones económicas con China aún no teniendo relaciones diplomáticas (Molina, 2011), y en aquellos años dispuesta a observar los desarrollos de la corriente entonces notoria a escala mundial de los No alineados.

En los años cincuenta y sesenta, los movimientos sociales japoneses también tuvieron lugar importante en las relaciones nipo-norteamericanas. Jugaron allí las reacciones de los japoneses al conocerse públicamente los efectos reales de la radiación atómica, y especialmente la oposición al tratado de defensa de 1952 que contemplaba la participación de las fuerzas militares estadounidenses en la represión de movilizaciones populares japonesas, y los reclamos por la devolución de la soberanía de Okinawa. La movilización en contra del Tratado se hizo más intensa a medida que se acercaba la fecha fijada para su revisión, al punto que para la renovación de 1960 fue abortada la visita del presidente de EEUU a Japón. Consecuencia: fue eliminada la participación de fuerzas militares norteamericanas en la represión interna, pero para evitar futuras movilizaciones cada vez que se acercara un plazo de revisión del Tratado se resolvió renovarlo *sine die*.

En los años sesenta las grandes movilizaciones populares en relación con EEUU estuvieron centradas en los reclamos por la devolución de Okinawa. En 1969 fue finalmente acordada para 1972; no obstante, hasta la actualidad EEUU tiene en las islas de Okinawa la mayor parte de sus bases militares en Japón, dando lugar a la reiteración de reclamos de diversa intensidad por parte de la población local y del gobierno de la prefectura. En 1969 tuvo lugar una entrevista y fue redactado el correspondiente Comunicado Conjunto Satoo-Nixon. Guerra de Vietnam mediante, en esa ocasión el primer ministro y el presidente hicieron pública la demanda norteamericana de que Japón tomara parte en el mantenimiento de la *pax americana* en el este de Asia, en términos que entonces causaron alarma, principalmente los artículos 3, 4 y 5 del Comunicado que claramente insertaban los asuntos de interés común en el Extremo Oriente (*Far East*, todavía se usaba oficialmente esa expresión) y por primera vez señalaban las áreas de interés para la defensa de Japón que incluía Corea y Taiwán; con lo que, además, se dio inicio el *incrementalismo*¹³ en el compromiso político militar de Japón con EEUU en Asia.

En los años setenta, las relaciones con EEUU estuvieron marcadas en primer lugar por la sorpresa del gobierno japonés ante el inicio de la normalización de las relaciones de EEUU con China (1971), tanto más enojoso porque eso mismo le había sido negado a Japón durante dos décadas y porque fue hecho sin consulta previa siendo aliados. Con la derrota en Vietnam y crecientes problemas económicos y sociales internos, EEUU volvió a demandar de Japón mayor participación en la defensa del bloque en Asia, a la par que una clara mayor participación económica en el mantenimiento de las bases norteamericanas en Japón. Eso dio lugar en 1978

a un nuevo tipo de documento, las Directrices (*Guidelines*) para la acción militar conjunta, marcadamente en la línea de un incrementalismo periódicamente reactualizado, aunque expresado en un lenguaje más vago respecto de la posible participación militar de Japón en Asia –que, bien entendido, parecía ampliarla–. En la culminación de esa línea, en 1981, el gobierno del primer ministro Suzuki puso en estado público el término “alianza” para caracterizar la relación entre ambos países. Fue criticado porque *alianza* parecía significar un mayor compromiso militar. No obstante, con eso Suzuki parecía que buscaba suavizar las demandas del gobierno de Reagan de mayor aporte económico japonés al sostén de las bases norteamericanas, limitar la exportación de coches japoneses a EEUU y tomar mayores responsabilidades militares en el Pacífico.

Se iniciaron así casi dos décadas de fricciones económicas no sólo por las exportaciones japonesas a EEUU sino, principalmente, por la demanda de mayor apertura del mercado japonés de bienes y servicios. Se sumaron a eso los reclamos estadounidenses por no participar en la guerra contra Irak en 1991, por lo que Japón debió hacer la mayor contribución financiera a la guerra.¹⁴ En la segunda mitad de los años ochenta los entonces reiterados pronósticos sobre una superioridad tecnológica y económica de Japón que iría –suponían algunos– acompañada de una igualdad política, no hicieron sino apurar de parte de EEUU un mayor compromiso militar de Japón en la alianza y para Asia, dando lugar a las Directrices de 1997, con actualización en 2005 (MOFA, 2005). Desde los años noventa hasta el presente las relaciones entre ambos países en lo que hace al este de Asia han estado marcadas por cuatro asuntos principales:¹⁵ a) el financiamiento japonés y la concreción del traslado de bases militares norteamericanas de Okinawa dentro del pequeño archipiélago y a Guam; b) la permanente atención japonesa, muy particularmente desde el gobierno de Bill Clinton, respecto de la posibilidad de que EEUU pueda darle a su relación económica con China un peso que implique dejar a Japón de lado en ciertos acuerdos; c) asegurar el *paraguas* en caso de ataque nuclear a Japón. En los primeros años del siglo XXI, en particular, destacan además: a) expectativa japonesa sobre el lugar de EEUU como mercado y como dinamizador de la actividad económica que un acuerdo del tipo TPP pudiera generar; b) la posición de árbitro que principalmente buscó EEUU en Asia oriental durante la presidencia de Obama; c) desarrollo conjunto de nuevas tecnologías, en el sentido del sumar fuerzas en una actividad conjunta que ponga a ambos claramente sobre el resto, en el sentido de que Japón comparta con EEUU tecnologías útiles a la industria norteamericana de armamento, y en el sentido de que

eso revierta también en beneficio de una industria de armas que el gobierno japonés ha procurado desarrollar con mercado en el Pacífico occidental; d) énfasis en el bilateralismo como aparente distintivo de la política de Trump.

3. Relaciones con Corea del Sur

Conocida es la historia nipo-coreana de la primera parte del siglo XX. A finales de la Segunda Guerra factores diversos¹⁶ influyeron en la división de la península de Corea en dos países. Si por un lado Japón había colonizado Corea con la repulsa de la inmensa mayoría de la población coreana, por otro, quedaron en Corea del Sur algunos segmentos sociales que se habían beneficiado en la colonia e incluso que habían sido formados por ella (funcionarios y militares). De estos sectores, fervientes anticomunistas, se valió la ocupación norteamericana para apoyar su política y para asegurar la división de la península consagrada en 1948. Si bien ninguna de las dos Corea formó parte del Tratado de San Francisco, siendo Japón y Corea del Sur miembros del bloque capitalista centrado en EEUU era lógico que las relaciones fueran algún día normalizadas con Corea del Sur. No es extraño, entonces, que tras el golpe de Estado de 1961 en Corea del Sur, EEUU, haya buscado involucrar a Japón, en forma secreta, para el caso de que fuera necesario estabilizar políticamente ese país, y en forma abierta para que Japón contribuyera al desarrollo económico de Corea del Sur. A punto de iniciar la guerra de Vietnam, y dada la situación económico social de Corea del Sur en la época, EEUU necesitaba asegurar y cohesionar al bloque en el este de Asia. El acercamiento nipo-surcoreano daría una nueva perspectiva de estabilidad política a Corea del Sur y contribuiría a la viabilidad económica de ese país.¹⁷

Japón estableció relaciones con Corea del Sur en 1965. El Tratado Base de las Relaciones entre Japón y Corea del Sur (UN, 1966) posibilitó, además, a los acuerdos económicos bilaterales correlativos del establecimiento de relaciones. Habiendo sido Corea colonia japonesa durante cuarenta años (treinta y cinco jurídicamente), con todas sus implicancias, no se trataba únicamente de limar pasadas asperezas resultantes de diferente posicionamiento político: las discusiones tuvieron centro en cuestiones económicas. Finalmente se convino que Japón otorgaría subsidio (*grant*) por valor de 300 millones de dólares en ayuda económica, 200 millones de la misma moneda en créditos y otros 300 millones de dólares como créditos a fondos privados. Por otra parte, Japón reconocía como único gobierno de Corea al de Corea del Sur, y el de este país renunciaba a cualquier otro reclamo público o pri-

vado por encima de aquellos 800 millones de dólares en subsidios y créditos blandos. No obstante, en 2005 documentos hasta entonces secretos revelaron que aunque la parte japonesa había estado dispuesta a pagar reparaciones individuales a las víctimas, el gobierno surcoreano decidió que recibiría el monto total y que él mismo lo repartiría.¹⁸ El Comunicado Sato-Nixon no dejaba duda de la consideración estratégica de aquellos años: “El Presidente y el Primer Ministro hicieron observaciones específicas sobre el alarmante estado de tensión en la península de Corea... el primer ministro señaló que la seguridad de la República de Corea es esencial para seguridad de Japón”.

No obstante, más allá de la mutua inserción en el bloque y de ese interés estratégico, las relaciones económicas nipo-surcoreanas iniciadas con el otorgamiento japonés de aquellos créditos y subsidios y con el uso surcoreano hecho de ellos, se han desarrollado autónomamente sobre la base mutuos intereses dentro de los cuales Japón tiene una clara posición de predominio: hay una superioridad de escala económica y también financiera pero también –de especial importancia– tecnológica, por la que Corea del Sur, para su industria más sofisticada, depende de partes, componentes y maquinaria japonesa, si bien ha hecho grandes avances tecnológicos y de diseño de productos. Desde comienzos del siglo XXI, la cadena económica Japón-Corea se extendió a China, dando lugar a un juego que parece no tener pérdidas en lo económico, puesto que los negocios siguen su curso, pero con grandes indefiniciones políticas al momento de decidir las integraciones económicas que repetidamente se han anunciado después de la llamada crisis asiática de 1997. A pesar de las mutuas manifestaciones de interés oficial de ambas partes en la integración comercial bilateral, no se ha avanzado más allá del Tratado Bilateral de Inversiones de 2003. Probablemente porque los negocios siguen su curso normal, y la integración sobre la base de documentos e instituciones a la manera europea y latinoamericana valen en Asia oriental menos que la fuerza de los negocios que efectivamente se planean y realizan.

Tras la oleada de contenciosos de los años noventa, en octubre de 1997 estalló la crisis financiera coreana, habitualmente englobada en la llamada “crisis asiática” de ese año. Las crisis económicas de países del sur y este de Asia fueron un duro golpe en los países directamente afectados y también en Japón por verse expuesto en ellos, además de que por entonces se comenzaba a ver la gravedad del aspecto financiero de la recesión japonesa de esa década¹⁹. Aunque el primer financiamiento le llegó a Corea del Sur desde el FMI, pronto el gobierno japonés buscó el modo de establecer mecanismos *swap* para el alivio de posibles nuevas crisis monetarias y finan-

cieras en el este y sudeste de Asia y, más aún, de establecer una especie de fondo monetario asiático, proyecto que fue inmediata y terminantemente vetado por EEUU. No obstante esto, desde entonces se han renovado los acuerdos *swap*, se han incrementado los montos cubiertos por ellos y se ha unido China a ellos.

Si bien habitualmente se suele ver al Asia oriental que conocemos en el siglo XXI como resultado del “surgimiento de China” y, particularmente, de su entrada a la OMC, lo cierto es que antes del año 2000, la crisis de 1997 dio lugar al primer juego político-económico de conjunto en la región con gran iniciativa japonesa. Además de lo anterior, de los acuerdos *swap* y de la intención –abortada– de un fondo monetario regional, la crisis dio pie a la primera gran actuación internacional de China buscando que los efectos de la crisis no se agravaran, y dio lugar también al sistema ASEAN+3 (los países de la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia, más Japón, China, y Corea del Sur). El impulso regional postcrisis se vio fortalecido por el gran incremento del comercio chino, por el efecto de tracción que el crecimiento de China hizo sobre las economías de Japón, Corea del Sur y de los países del sudeste de Asia. Dentro de eso, y sin que se modificara la estructura básica de las relaciones nipo-surcoreanas, a partir de 2003 China pasó a convertirse en la primera contraparte comercial de Corea del Sur y en principal destino de su inversión. Con eso, el comercio surcoreano comenzó a depender relativamente menos de Japón y de EEUU, y a alejar la meta de un tratado bilateral de libre comercio con Japón. Por su lado EEUU reaccionó movilizándolo la realización de su tratado bilateral de libre comercio con Corea, KORUS, el cual para Corea del Sur alejó aún más la necesidad de uno con Japón, que tampoco lo ha buscado con demasiado ahínco. El año 2005 fue un año de máxima expectativa en concreción de alguna forma de institucionalización del Este de Asia (ASEAN+3, más India, Australia y Nueva Zelanda), pero la conferencia llevada a cabo en Kuala Lumpur puso en evidencia todas las diferencias entre los participantes. Por otro lado, ese año alcanzaron gran tensión cuestiones históricas y geográficas entre Japón y Corea del Sur y China, reiterándose desde entonces cada vez más los reclamos de carácter geográficos y de límites mutuos sobre todo.

El otro aspecto, el de la relación bilateral política entre Japón y Corea del Sur, que incluye los emergentes de aquella historia colonial no saldada, es el que suele ser noticia en la prensa. Se puede considerar esto dentro de lo político: lo que aparece como conflictivo en las noticias es una serie de contenciosos de los que se podría hacer una lista: a) calificativos usados por políticos japoneses acerca de las características de la colonización japonesa

en Corea (península); b) la calificativos usados respecto de lo mismo en los libros de texto de historia; c) visitas de funcionarios japoneses al santuario de Yasukuni; d) cuestión de la mujeres coreanas reclutadas como esclavas para burdeles durante la guerra²⁰ – “mujeres de solaz”, *comfort women*, *ian-fu*– (Morris-Suzuki, 2014; Dudden, 2006); e) ex mano de obra forzada en minas y fábricas; e) hombres reclutados por el ejército japonés²¹; f) coreanos que quedaron en Japón después de la guerra y su condición jurídica; g) islas de Takeshima (Dokdo en coreano); h) nombre del mar de Japón que Corea del Sur reclama ser mar del Este; i) demandas judiciales en corte coreana o japonesa por casos encuadrados en los puntos c), d) y e) sin que siempre trasciendan lo suficiente, las que haciendo a casos individuales o grupales no solucionan definitivamente ninguna de las cuestiones²². La lista sigue más o menos el orden en que los problemas fueron apareciendo en la discusión pública desde los años sesenta, sin que eso signifique un orden de prioridades de algún tipo; la individualización de los contenciosos, por su parte, puede dar idea de la facilidad con que siempre puede haber algún punto pasible de ser puesto en discusión.

Por otra parte, como los asuntos indicados en la lista son los que fácilmente toma la prensa, parece importante señalar que aunque por causa de la brevedad se generalice refiriendo las partes como *Japón* y de *Corea del Sur*, lo cierto es que hubo en Japón reclamos, como la demanda judicial del historiador japonés Ienaga Saburoo en 1965 por las modificaciones a los textos escolares de historia de Japón, con sucesivas apelaciones que se prolongaron por treinta años y que finalmente Ienaga perdió. Ha habido, además, grupos de ciudadanos y de historiadores japoneses interesados en esclarecer los hechos, y también estudios sobre la escalada de la visión conservadora (Wakayama, 1999). Como también ha existido hasta la pasada década, una tendencia conservadora coreana a no hacer demasiado caso de aquellos asuntos y cuando –legítimos reclamos ciudadanos, aparte– se los ha agitado, ha sido, como en Japón, moviendo el nacionalismo con fines de política interna.

Se puede destacar dos características generales de las polémicas: 1) aunque relacionados, ninguno de esos contenciosos salió a la palestra con la misma importancia ni del mismo modo a lo largo de siete décadas; 2) ha habido cierto tipo de oleadas fuertemente irritativas, una a principios de los años sesenta, otra a comienzo de los años ochenta, una más entre principio y mediados de los años noventa, y una más larga iniciada en 2005 y que con altibajos ha durado hasta 2016. En cada oleada sería posible hacer una lectura de las discusiones sobre el telón de fondo de las condiciones

económico-sociales de cada país, aunque sin olvidar orientaciones políticas de más larga duración. A su vez, y para sus propios usos –también variables según la coyuntura– el gobierno de EEUU se ha involucrado cada vez más en la cuestión de las mujeres coreanas esclavizadas, particularmente desde comienzos de los años noventa hasta finales del período de Obama. El acuerdo acerca de las “mujeres de solaz” alcanzado por los gobiernos de Abe Shinzo y Park Geun-hye (2015) bajo impulso del *pivoting to Asia* norteamericano con el fin de compactar la alianza, fue rechazado en 2017 por el nuevo gobierno de Moon Jae-in.

4. Relaciones con China

También las relaciones con China han tenido la característica de que no siempre han seguido una misma tendencia en los aspectos políticos y en los económicos. Si bien en niveles muy bajos, el comercio no se detuvo ni siquiera durante la guerra civil china. Con el gobierno de la Revolución el comercio se reanudó en 1949 aún antes de la proclamación de la República Popular China (RPCh). Aunque a la luz de la teoría política dominante pueda dejar al lector estupefacto y tal como se vivió la Guerra Fría en América Latina pueda parecer increíble, en enero de 1951 el conservador primer ministro de Japón, Yoshida Shigeru, publicó un artículo en nada menos que *Foreign Affairs* en el que afirmaba “Roja o blanca, China sigue siendo nuestro vecino de al lado. Las leyes de la geografía y la economía –creo– prevalecerán a largo plazo sobre cualquier diferencia ideológica y barreras comerciales artificiales” (Hsiao, 1974).²³ Lo cierto es que en condiciones de posguerra, con escasos medios, productos básicos como hierro, carbón y soja eran para Japón la mitad y hasta varias veces más baratos adquirirlos en China que en EEUU; y hasta la ley japonesa de sostén de precios agrícolas de 1955, China fue importante abastecedor de arroz. A su vez, para China el pacto sino-soviético de 1950 estaba lejos de poder satisfacer sus necesidades de productos industriales como el acero y los fertilizantes químicos; en su primer año de existencia la RPCh fue gran comprador de acero japonés, aún ya iniciada la Guerra de Corea (sic), y en las siguientes dos décadas fue, según el año, el primero o segundo destino de la exportación japonesa de acero; desde comienzos de los años cincuenta también Japón fue el gran proveedor de los fertilizantes químicos que demandaba la alimentación de China –más aún, las compras de China fueron la salvación en los años de exceso de producción de fertilizantes–. Terminada la reconstrucción, a partir de 1955 Japón también proveía a China de maquinaria de transporte,

maquinaria agrícola y también textil. Parece necesario –e importante– destacar que antes de la normalización de las relaciones (1972), el comercio con Japón fue fundamental para China, un 25% del total, llegando Japón a ser su primer contraparte comercial tras el estallido de la disputa sino-soviética; por su parte, para Japón el comercio con China representaba un muy pequeño porcentaje del total, y mucho menor en términos absolutos y relativos que el que tenía con Taiwán, pero fue muy importante para ciertas industrias en particular como la siderúrgica y la química. Obligado a seguir las reglas del CoCom²⁴ bajo la Ocupación, Japón se adhirió a él en 1952 y también fue presionado a ingresar al nuevo ChinCom (organismo semejante al anterior, pero mucho más estricto, para el control específico de las relaciones con China). No obstante, aun bajo la Ocupación, MacArthur tuvo que autorizar –por las necesidades perentorias– el comercio de Japón con la RPCh, y diversas organizaciones políticas y económicas japonesas crearon asociaciones, que aunque formalmente privadas, contaban con la aprobación y el asesoramiento oficial y de legisladores japoneses, y formaron lazos con organismos creados por el gobierno chino para ese fin. El comercio realizado bajo esos auspicios se denominó “privado” a pesar de su carácter oficioso, y contó con la activa participación de los partidos socialista y comunista de Japón, que para esto colaboraron con el gobierno japonés (sic). Ese comercio se realizó en principio por trueque, y se realizaba sobre dos ferias anuales, de primavera y otoño alternadas entre los dos países. En los años sesenta fue mucho más abierta la participación de funcionarios japoneses, y directa con altos funcionarios chinos. Se organizó entonces según contratos específicos bajo los términos del acuerdo Liao-Takasaki conocido como comercio (L-T) entre 1963 y 1967, renovado después como “Comercio de Memorando”. No obstante, después de esa fecha los contratos privados directos fueron más importantes, incluyendo ya el mayor interés de las grandes corporaciones japonesas por participar. El comercio total pasó de unos 60 millones de dólares en 1950, a alrededor de 151 millones en 1956, otros 310 millones en 1964, y 901 millones en 1971. En esas primeras dos décadas post guerra había miembros del PC de China que conocían Japón por haber estado antes y/o estudiado allí (como Zhou En-lai) y dirigentes y empresarios japoneses que habían nacido o hecho fortuna en China antes de la Guerra. El detenimiento en algunas características de las relaciones sino-japonesas entre 1949 y 1972 procura destacar que aún en las condiciones más adversas ambas partes encontraron las formas de sortear los obstáculos, y que las condiciones reales terminaron imponiéndose a las presiones de EEUU, a las del gobierno de Taiwán por esa vía, y aún al propio sector pro Taiwán en Japón.

A partir de 1972, el comercio entre ambas partes creció exponencialmente. El acuerdo de normalización reconoció al gobierno de la RPCh como el único gobierno de China. En 1978 se firmó el Tratado de Paz y Amistad (Tanaka, 2014: 490). China ya había renunciado a reclamar reparaciones por la invasión y la guerra. Japón desde entonces, y por casi una década y media orientó a China la mayor parte de su ayuda oficial. En los primeros años a partir del inicio de las reformas en China se hicieron algunos grandes planes de proyectos industriales que en muchos casos preveían la participación técnica y financiera de parte japonesa, pero que debieron anularse o postergarse por falta de medios financieros y técnicos del lado chino. No obstante, la revalorización del yen en 1985 obligó al gran traslado de industria japonesa al sudeste de Asia, dando lugar a un nuevo tipo de instalación privada de industria japonesa en Asia, incluyendo poco después China. Habiendo tomado base las reformas industriales de China con participación de capitales y grupos chinos de ultramar, en 1991 tuvo comienzo una nueva oleada de inversión japonesa en China; pero junto con eso también el cuestionamiento, dentro de Japón, a la ayuda oficial otorgada a ese país.

Paralelamente a la reafirmación política y económica de las reformas lideradas por Deng Xio-bing en China, en Japón daba comienzo una década de recesión económica. Se conjugaron por entonces varios factores: estaba teniendo lugar la última parte de una serie de años de fricciones comerciales nipo-estadounidenses iniciada en los años ochenta, que había llegado a incluir insistentes reclamos por la apertura del mercado de inversiones y del negocio bancario y financiero en Japón, a lo que se sumaron las cuestiones de una supuesta paridad –o competencia– tecnológica y hasta política entre Japón y EEUU. Por otra parte, y concomitante con el nuevo tipo de traslado de parte de su estructura industrial al sudeste y este de Asia iniciada hacia 1985, Japón proponía a comienzos de los noventa la formación de un sistema multilateral de seguridad para toda la región. Cuánto de esto se debía al interés de asegurar sus acrecidos intereses en ella, cuánto a la posibilidad del retiro de parte de la estructura militar norteamericana tras el fin de la URSS, cuánto a la posibilidad de tener el propio Japón un papel más activo en los diseños de política de seguridad para la región, todo eso es algo que debería ser cuidadosamente analizado en el marco de las opciones de aquella época, en la que, además, tanto EEUU como Japón comenzaban a evaluar la tendencia del *emerger* de China. Iniciada la recesión en Japón se prestó mucha más atención a esto.

Se ha hecho referencia al acercamiento bilateral entre Japón y China (además del nipo-surcoreano), y a las propuestas de políticas comunes para la región hechas tras la crisis asiática de 1997. Las conferencias ampliadas de ministros de hacienda, de relaciones exteriores y de primeros ministros de Asean dieron lugar a la Asean+3, dentro de la cual progresó el diálogo nipón-chino. En ese sentido, los encuentros en el marco de la Asean, en particular en la urgencias de la post crisis, dieron lugar a acuerdos de cooperación bilaterales y trilaterales –antes mencionados– de un muy amplio espectro, en paralelo con las previsiones comerciales y de inversiones resultantes del ingreso de China a la OMC. Una muy larga serie de acuerdos ha cubierto problemas tales como la contaminación atmosférica generada en China, ayuda en casos de desastres naturales y un gran número de otros asuntos – y de muchos más tipos de los que se podría imaginar–, y han seguido ampliándose a lo largo de dos décadas (MOFA).

Entretanto, China llegó a convertirse en la segunda contraparte comercial de Japón, y Japón en la primera para China. Y este país en el principal destino de la inversión japonesa en el exterior en dos intensos períodos, 1998-2000 y 2002-2005. Pero ese año, 2005, la producción de un nuevo documento de actualización en la alianza nipón-norteamericana coincidió con la referencia al problema del estrecho de Taiwán en una declaración conjunta de la Comisión Consultiva de Seguridad Japón-EEUU (MOFA 2005a). Si el rechazo chino contra cualquier injerencia en lo que considera sus asuntos internos es conocido, la revulsión que provocó no era ajena a la necesidad de nacionalismo para el control político y social interno.

Los asuntos de tipo específicamente político, como las declaraciones de políticos japoneses y de los libros de texto de historia, si bien han provocado reacciones en China,²⁵ han ocupado un lugar menos destacado que en los contenciosos de Japón con Corea del Sur. En cambio han destacado más los asuntos territoriales y jurisdiccionales, principalmente el de las islas Senkaku (Diaoyu) que están bajo dominio japonés. El control de las islas no fue asunto importante en los comienzos de la RPCh, sino más bien fue reclamo del gobierno del Guomindang de Taiwán. Fue sólo a partir del descubrimiento de petróleo y gas en la zona en los años sesenta que la cuestión comenzó a cobrar dimensión. Aun así, la cuestión fue en un moderado *crescendo* hasta la pasada década cuando la política norteamericana de reafirmación en Asia comenzó a colisionar con el acrecido estatuto de gran potencia que pasó a ocupar China. Aunque con reiteradas peligrosas anécdotas de navegaciones en la zona y desembarcos, el asunto se mantiene

en un tenso *stand by* desde que el gobierno de Obama hiciera claro que el Tratado de Seguridad con Japón cubre las islas Senkaku.

Después de algunos años de cierto enfriamiento de las relaciones políticas, en 2017 hubo anuncios de las dos partes para fortalecer los lazos amistosos, políticos y económicos en general, los bilaterales así como los trilaterales (incluyendo a Corea del Sur). En esta renovada tendencia destaca especialmente desde comienzos de 2018 el manifestado interés japonés por participar en la realización de las gigantescas obras de infraestructura del proyecto *Belt and Road* chino, que incluye construcción de puertos, ferrocarriles y carreteras en gran parte de Asia y que se prolonga aun en África.

5. Relaciones con Corea del Norte

Las relaciones con Corea del Norte no tienen para Japón ni la dimensión económica ni la amplitud política que las que mantiene con los dos países anteriores. Sin embargo, la política en esas relaciones sin diplomacia formal es de la máxima importancia, por las cuestiones de seguridad y defensa implicadas. No obstante, es importante señalar que hasta las sanciones de la última década ha habido comercio y durante muchos años hubo transporte de *ferry* más o menos regular entre Niigata, en la costa occidental de Japón, y Wonsan en la costa de Corea del Norte. Ese comercio era muy mínimo en el total del de Japón pero bastante importante para Corea del Norte. Ese *ferry* dejó de llegar a Japón en 2006 después de fin de la KEDO y las pruebas norcoreanas de misiles.

Otro tipo de vínculo entre los dos países es el relacionado con los coreanos que quedaron residiendo en Japón después de la Guerra y que eligieron tener como referencia al norte. Sería difícil establecer certeramente cuánto hubo –en los primeros años después de la división– de convencimiento en la elección, y cuánto de simple rechazo patriótico a los gobiernos de Rhee y de Park en el sur. Por lo que se sabe esa comunidad ha hecho periódicas contribuciones económicas al gobierno del norte, pero las cifras dadas han variado mucho y se ha llegado a decir –muy exageradamente– que esa contribución financiaba las pruebas misilísticas y nucleares de Corea del Norte.

En la actualidad los vínculos entre Japón y Corea del Norte son prácticamente nulos. Las relaciones –nunca formales– han sido de una especie de *stop and go* según los vaivenes de la política internacional, muy particularmente a partir del derrumbe de la Unión Soviética, que para Corea del Norte implicó dejar de conseguir petróleo a los bajos precios que le con-

cedía la URSS. A eso se agregaron los vaivenes de la política norteamericana para Corea del Norte entre las presidencias de Clinton y de Bush hijo, pero que en general ha jugado la carta de esperar la implosión del régimen, aún treinta años después del derrumbe soviético.

En coincidencia con ese problema económico, para Corea del Norte siguieron años de inundaciones en la década de los noventa que destruyeron su infraestructura agrícola. Con el fin de evitar que Corea del Norte desarrollara una industria nuclear autónoma para tener energía, se hizo un acuerdo marco en 1994 que dio lugar en 1995 al establecimiento del sistema KEDO –sigla de Korean Peninsula Energy Development Organization– (KEDO, 1995; Beal, 2007), con participación primero de Corea del Sur, Japón y EEUU; a la que después se sumaron China y Rusia constituyendo lo que se denominó “negociaciones a seis bandas”. La construcción de una central nuclear de agua ligera debía iniciarse en 1997, pero los fondos no estuvieron hasta 2001. De hecho, los acuerdos realizados en los últimos meses de la presidencia de Clinton fueron ignorados por George Bush hijo. La planta hubiera debido inaugurarse en 2003, pero la construcción, que no sobrepasaba la mitad de los dos reactores, fue entonces detenida al saberse que Corea del Norte había reiniciado secretamente su desarrollo nuclear. Finalmente en diciembre de 2005 Corea del Norte expulsó al personal de KEDO.

No obstante, en lo que hace estrictamente a la relación bilateral Japón-Corea del Norte, hay dos aspectos que cabe señalar. El último gran intento japonés por llegar a acuerdos con Corea del Norte tuvo lugar en 2002 con la visita del entonces primer ministro de Japón Koizumi Jun'ichiroo a Corea del Norte (MOFA, 2002). Sin embargo, los acontecimientos arriba señalados dejaron todo lo entonces acordado fuera de consideración. Un problema de principal importancia tratado en esa visita fue el de los ciudadanos japoneses secuestrados entre 1977 y 1983 por agentes norcoreanos para servir de modelo de comportamiento japonés en el entrenamiento de agentes norcoreanos. El gobierno de Corea del Norte reconoció haber contabilizado 13 casos de ese tipo aunque en Japón se sospecha que fueron algunos más. En campaña por la difusión de tal problema y por los reclamos para su aclaración fue que la figura Abe Shinzo, actual primer ministro de Japón, adquirió popularidad personal a principios de los años 2000 (además de ser hijo y nieto de muy conocidos políticos japoneses).

Aunque el adquirido poderío militar norcoreano podría ser dirigido en varias direcciones y la prensa se encarga de hacer creer que los más afectados serían EEUU y Corea del Sur, lo cierto es que en caso de un

supuesto ataque el primer blanco sería Japón. Por dos razones. Una, es que el alcance al continente americano es dudoso y habría tiempo de intercepción. La segunda y principal tiene dos fundamentos: uno es que las explicaciones políticas del gobierno de Corea del Norte consideran a Japón como responsable principal de la división de la península debido al modo de la rendición de Japón, procurando no hacerlo totalmente ante la Unión Soviética y haber buscado rendirse también ante EEUU; el otro es que el blanco japonés está mucho más cerca y sería más certero con la seguridad de que además de eso, el golpe dado a Japón sería devastador para el esquema de la defensa norteamericana en Asia, sin contar, por supuesto la destrucción que ocasionaría al Japón mismo.

6. A modo de conclusión

No se ha tomado acá lo que respecta a las relaciones de Japón con Rusia porque excedería las posibilidades de este trabajo. Aunque existen relaciones diplomáticas desde 1956 establecidas en el fragor de la Guerra Fría, no se ha hecho entre ambos tratado de paz. La razón principal es la falta de acuerdo sobre los cuatro grupos de pequeñas islas del sur de las Kuriles que fueron ocupadas por la entonces Unión Soviética al final de la Guerra. Ameritaría algunas páginas considerar los argumentos de una y otra parte. En todo caso baste decir que nunca llegaron a acuerdo por la presión norteamericana para que Japón no aceptara la propuesta soviética respecto una devolución parcial de las islas, y también que, después, tanto la URSS como posteriormente Rusia han temido que EEUU reclame los derechos que le da el Tratado de Seguridad con Japón para instalar bases en ellas si algunas de las islas les fueran devueltas. Si se ponen aparte las limitaciones que tuvo Japón para tener relaciones con China antes de 1972, las relaciones con Rusia son las únicas en las que verdaderamente las razones políticas parecen poner límites a la iniciativa económica japonesa –Corea del Norte aparte, por supuesto–.

Japón es un pequeño país en el extremo oriental del gran continente asiático. A principios del siglo veinte sorprendió al mundo con su industrialización, siendo el primero en vencer a un poder europeo y en desafiar abiertamente a EEUU. En la segunda mitad del siglo XX, en el marco de su alianza de seguridad con EEUU, y otra vez con asombro del mundo, se convirtió nuevamente en una potencia económica, como centro de una estructura regional productiva que, con proyección en el gran mercado norteamericano, incluyó a la mayor parte de los países del sudeste de Asia y a Corea del Sur durante algunas décadas. Y, en parte, después también a China.

Si bien nadie duda de que tanto Japón como China siguen actualmente el principio del beneficio de mercado, puede ser apresurado y engañoso tomar las expresiones de sus dirigentes en un sentido demasiado literal con criterio euro-americano. Interpretar las palabras de Xi Jinping: “Ser capaz de hacer la guerra y de ganarla es la clave de la potencia militar” (Pedro, 2013), pronunciadas a fines de 2012, a un mes de que a poco de su asunción Abe destacara que Japón estaba en control efectivo de las islas Senkaku, parece una modo poco feliz, y hasta gratuito de enlazar enunciados, por fuera de la lógica de sus condiciones de producción, a cambio de una más cercana a los supuestos externos –europeos–. Dados la tradición del pensamiento chino y la nada feliz experiencia china de la guerra, parece muy difícil pensar que, aunque esas palabras fueran dichas antes militares chinos, tuvieran sentido belicista, sino, antes bien, parece mejor pueden ser interpretadas como un llamado de atención: no basta hacer la guerra sino también es necesario ganarla –y que además la victoria no sea pírrica, cabría agregar–. Algo que pareciera que muchos analistas occidentales todavía no logran comprender es la lógica del juego de política interna en las actuaciones de más o menos hostilidad que puedan hacer los dirigentes de los países de Asia oriental. Nadie mejor que ellos sabe lo que cuesta la guerra en términos de padecimientos y humillación y destrucción. Es verdad que cabe la posibilidad lógica de que una escalada termine de una manera no calculada, Japón lo sabe muy bien. Por eso es que se puede de repente cambiar la política y fácilmente volver a retomar las vías de negociación ya logradas o comenzar otras nuevas. Así es como ha ocurrido nuevamente entre Japón y China desde fines de 2017.

Sin embargo, a veces pareciera que sólo se puede hablar de cosas, países y personas famosas o grandiosas, es decir a la manera de la narración medieval que, curiosamente, coincide con el modo mercantil de presentarlos. Eso puede llevar al fácil error de, con unas pocas citas, presentar China y a Japón en una antigua y secular, competencia. Nada más lejos de la realidad. Precisamente, uno de los problemas más difíciles que deben enfrentar ambos países, además de las cuestiones concretas por las que compiten, es aprender a convivir los dos en situación de gran poderío. Eso no había ocurrido nunca antes en la historia hasta los años noventa del siglo pasado. O China había sido muy poderosa, o lo había sido Japón, pero no al mismo tiempo: antiguamente, hasta el siglo XIX –aunque con altibajos–. China era una fuente civilizatoria y un modelo para Japón, pero desde fines de ese siglo y en el siglo siguiente Japón fue el país más poderoso de los dos, además de haber hecho un gran aporte a la modernización de la escritura de caracteres chinos. La creación de nuevos términos en caracteres chinos

para traducir la filosofía, las ciencias y la literatura europea fue hecha en gran parte en Japón, y aun hasta la primera simplificación de los trazos de esos caracteres; incluida la creación de la terminología básica del marxismo que los revolucionarios chinos tomaron.

Una gran novedad desde fines del siglo XX es la coexistencia de ambos países como potencias –sin entrar a comparar aspectos particulares de ese poderío–. Aunque en la tradición euro-norteamericana las competencias han llevado rápidamente a guerras, no ha sido así en Asia oriental (excepto la invasión japonesa a Corea a fines del siglo XVI), y en ese caso, al igual que como a fines del siglo XIX y en el XX, es difícil no ver en el comportamiento japonés una manera de seguir el ejemplo colonialista europeo y norteamericano inmediato. Las relaciones entre Japón, China y Corea no fueron en siglos anteriores ese permanente revoltijos y matanzas como existieron entre los países europeos y como ha llevado EE.UU. a otros continentes.

Pero, más allá de la historia, la razón fundamental por la que cualquier guerra, aún virtual, sería muy bien pensada, antes siquiera de ser imaginada, es porque ya la riqueza de Japón, también la de China y de Corea del Sur, no depende sólo de una lógica de acumulación interna sino también de la inextricable relación económica que une a Japón con el resto del este de Asia. El gran poder económico de Japón radica hoy, precisamente, en la deslocalización de toda la industria de empresas japonesas diseminadas por el sudeste de Asia, China y Corea del Sur. La fragmentación de los procesos de producción hacen la red imposible de desarmar; a lo sumo sería factible el traslado de algunas instalaciones a otra locación. Las mismas razones de la competencia son las que le impiden ir más allá de cierto punto y sólo permiten *actuar* el enfrentamiento a riesgo, improbable, de la propia destrucción económica. En las relaciones de Japón con los países de Asia oriental no se debería confundir la danza *haka* con el partido de rugby, aún si esa *danza* en ciertos casos tiene aquí algo de hostilidad.

Hay punto en el que, con alguna variante, coinciden Giovanni Arrighi con Joseph Nye: la novedad histórica de las últimas décadas es el gran incremento –y muy significativo– de la parte de Asia en el producto mundial después de siglos; un fenómeno de una significación todavía difícil de medir pero que está allí. Eso comenzó en germen en el Japón Meiji, se desarrolló en Japón después de la Guerra, y volvió a ser recreado por el mismo Japón en los años ochenta con ampliación a Corea del Sur y el sudeste de Asia, y finalmente cundió en China. En el período enero-junio de 2017 las exportaciones japonesas a China se incrementaron 16 % en comparación con el año anterior, llegando a representar el 18,6% del total de las exportaciones

japonesas; en el mismo período las importaciones japonesas de China crecieron 2,1% en comparación con el año anterior, llegando a representar el 24,1% del total de las importaciones de Japón; en igual período el total del comercio nipón-chino alcanzó en valor equivalente a 214,18 mil millones de dólares habiéndose incrementado en 7,8%. Considerando que además desde hace unos años ambos países negocian en sus propias monedas.

Notas

- 1 Como concepción espontánea, como sentido común, *doxa*; no necesariamente como posición política tomada.
- 2 Corea –acá sin otra indicación– no ha sido asiento secular de fantasías exóticas occidentales; antes bien hasta hace un siglo era tenida en Occidente por “reino ermitaño”.
- 3 Hasta hace pocos años sólo ha figurado en la prensa esporádicamente, por la muerte de su presidente, por la actividad del KEDO o por pruebas armamentísticas.
- 4 A todas se las cuenta como si sólo se debiera partir de caracterizar un núcleo histórico preexistente para después dejar fluir los avatares de una narración encauzada.
- 5 El término preciso y el contenido conceptual no interesa en tanto es claro el sentido de la analogía.
- 6 Lo cual –aún así– no implica desconocer que en la definición de lo que se considera intereses económicos, lo que hace a intereses políticos como Estados, y hasta en ciertas prácticas diplomáticas es posible observar rasgos que no son los habituales en las relaciones internacionales de raíz *occidental*.
- 7 Para esta y las demás referencias documentales, se usa acá la traducción de documentos de la historia contemporánea de Japón, coordinada por Michiko Tanaka, obra literalmente excepcional en idioma español.
- 8 Esquemáticamente: incremento de las exportaciones con la consecuente obtención de divisas aplicadas a la innovación y al aumento de la producción para un nuevo incremento de las exportaciones, todo el ciclo guiado según políticas industriales a las que una literatura económica de los años denominó como de “Estado desarrollista”.
- 9 Precios y condiciones favorables no fueron especialmente diseñadas para Japón; tenían que ver con lo abismal de la *gap* tecnológica y económica entre EEUU y el resto del mundo, que entonces aparecía como insalvable. Este país representaba entonces la mitad de la economía del mundo.
- 10 Se trata de indicar una línea general, ya que a pesar de la estrecha alianza político-militar y los mutuos beneficios económicos, no estuvieron ausentes los problemas: desde los raciales como lo muestra la novela *Sayonara* (1954),

- llevada a éxito cinematográfico con Marlon Brando (1957); comerciales, el primero ya en 1952 con las blusas de un dólar.
- 11 En 1973 Japón fue invitado a formar parte de la Comisión Trilateral (EEUU, Europa, Japón) para decidir sobre el curso de la economía y la política del bloque occidental tras la crisis de 1971 de la economía estadounidense que ponía fin al ciclo de alza de la economía iniciado con la reconstrucción de posguerra.
 - 12 Existiendo en los partidos antecedentes y desde 1955 dentro del mismo Partido Liberal Demócrata, no se trata –por supuesto– de una división irreconciliable, pero sí de orientaciones cuyas diferencias han sido importantes en momentos clave, y que se han mantenido aunque con transformaciones de acuerdo con la época y los desafíos concretos. Considerando que, además, las orientaciones más o menos consolidadas de política internacional existentes en un país, dependen también de la situación internacional y de la del otro país contraparte, como ha sido con China.
 - 13 Política de incremento paulatino pero sostenido.
 - 14 Inicialmente la cifra oficial fue de 9000 millones de dólares al cambio de 130/1 (MOFA, 1991); no obstante, actualmente la mayor parte de los autores da la cifra de 13.000 millones de dólares.
 - 15 Además de otros asuntos que hacen al interés de EEUU pero que no implican directamente al resto de Asia, como las liberalizaciones y flexibilizaciones recomendadas a todo el mundo.
 - 16 Stalin no quería quedar fuera del reparto del imperio japonés al momento de la rendición; política norteamericana de no compartir la ocupación del este de Asia y de asegurar gobiernos anticomunistas en todo lo que pudiera; modo de la rendición japonesa y diferencias regionales coreanas entre los principales. En español se puede ver: *El lugar de Corea en el sol* (Cumings, 2004).
 - 17 Es necesario tener presente la permanente necesidad de ayuda norteamericana con que funcionó Corea del Sur desde 1948, las limitadas posibilidades de su industrialización en la década siguiente, el bajísimo ingreso *per capita*, el rechazo al presidente impuesto por EEUU (Rhee Syngman) y el temor a la revuelta social.
 - 18 En realidad, salvo una pequeña porción, los primeros 300 millones de dólares pasaron a formar parte de las inversiones hechas para el desarrollo económico de Corea del Sur, y sólo unos pocos miles de personas recibieron reparaciones en medio de disputas, dadas por finalizadas en 1975. Al revelarse los documentos hasta entonces clasificados, se reabrieron en 2005 con juicios al gobierno surcoreano y a organismos públicos y privados japoneses. (Kong; Kwon; Chosun ilbo, 2005). En sentido opuesto, aquel mismo uso de los 300 millones ha merecido alabanza de parte de posiciones nacionalistas surcoreanas (Dong-a ilbo, 2005).
 - 19 Aunque con algunos aspectos y factores semejantes, eran muy diferentes el carácter de los problemas de Tailandia, Corea del Sur y Japón; como también eran diferentes los medios con que contaban cada uno.

- 20 Coreanas en su muy inmensa mayoría (aunque no fueron únicamente de ese origen).
- 21 Idem para la mano de obra masculina.
- 22 En parte, la cuestión de la avanzada edad de las víctimas todavía vivas lo hace todo más perentorio.
- 23 “Red or White, China remains our next-door neighbour. Geography and economic laws will, I believe, prevail in the long run over any ideological differences and artificial trade barriers” (Trad. R.M)
- 24 Organismo occidental encargado de controlar el comercio con los países comunistas.
- 25 En unos pocos casos con reacciones populares virulentas (parte de la movilización nacionalista).

Referencias

- Beal, Tim (2007). El discordante sexteto de Beijing toca en armonía, pero ¿por cuánto tiempo? *Revista Estudios* (20), pp. 51-89.
- Cuckierman, Roger (1962). *Le Capital dans l'économie japonaise*. Paris : Presses universitaires de France.
- Cumings, Bruce (2004). *El lugar de Corea en el sol*. Córdoba (Arg) : Comunicarte.
- Dudden, Alexis (2006). US Congressional Resolution Calls on Japan to Accept Responsibility for Wartime Comfort Women. *History News Network*. 30 de abril.
<https://historynewsnetwork.org/article/24291>
- Hsiao, Gene T. (1974). The Sino-Japanese Rapprochement: A Relationship of Ambivalence, *The China Quarterly* (57) p. 101.
- Kong Jong sik (19 de enero de 2005). Korea Was Most Efficient in Utilizing Japanese Reparation. The Dong-a ilbo.
<http://english.donga.com/List/3/all/26/239382/1>
- Kwon Kyung-bok (17 de enero de 2005). Seoul Demanded \$364 Million for Japan's Victims. *The Chosun ilbo*.
http://english.chosun.com/site/data/html_dir/2005/01/17/2005011761044.html?related_all
- Ministry of Foreign Affairs of Japan (1991). *Diplomatic Bluebook 1991*.
<http://www.mofa.go.jp/policy/other/bluebook/1991/1991-2-2.htm>
- Ministry of Foreign Affairs of Japan (2002). *Prime Minister Junichiro Koizumi's Visit to North Korea*.
http://www.mofa.go.jp/region/asia-paci/n_korea/pmv0209/index.html
- Ministry of Foreign Affairs of Japan (S/F).
<http://www.mofa.go.jp/>
- Ministry of Foreign Affairs of Japan (2005a). *Joint Statement U.S.-Japan Consultative Committee*.
<http://www.mofa.go.jp/region/n-america/us/security/scc/joint0502.html>

- Ministry of Foreign Affairs of Japan (2005b). *Security Consultative Committee Document U.S.-Japan Alliance: Transformation and Realignment for the Future*.
www.mofa.go.jp/region/n-america/us/security/scc/doc0510.html
- Molina, Rodolfo (2011). El protagonismo de los lazos comerciales en las relaciones sino-japonesas entre 1949 y 1972. *Revista Iberoamericana de Investigación de Asia Oriental* (4) pp. 62-65.
- Morris-Suzuki (27 de junio de 2014). Japan and the art of un-apologising. *The Canberra Times*.
<http://www.canberratimes.com.au/comment/japan-and-the-art-of-unapologising-20140624-zsjv3>
- Pedro, Nicolás de (1 de abril de 2013). Ni guerra fría ni paz armada en Asia Oriental. *CIDOB*.
http://www.cidob.org/es/prensa/cidob_en_los_medios/ni_guerra_fria_ni_paz_armada_en_asia_oriental
- Takagi, Shinji (1995). From Recipient to Donor: Japan's Official Aid Flows, 1945 to 1990 and Beyond. *Essays in International Finance* N° 196, marzo. Princeton University.
- Tanaka, Michiko (coord). (2014). *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*. México: El Colegio de México.
- The Chosun ilbo (17 de enero de 2005). *Compensation for Colonial Victims Is Not Just a Legal Problem*.
http://english.chosun.com/site/data/html_dir/2005/01/17/2005011761043.html
- The Chosun ilbo (17 de enero de 2005). *Declassified Documents Could Trigger Avalanche of Lawsuits*.
http://english.chosun.com/site/data/html_dir/2005/01/17/2005011761038.html?related_all
- The Korean Peninsula Energy Development Organization (1995). *Agreement on Supply of a Light-water Reactor Project to the Democratic People's Republic of Korea between the Korean Peninsula Energy Development Organization and the Government of the Democratic People's Republic of Korea*.
<http://www.kedo.org/pdfs/SupplyAgreement.pdf>
- The World and Japan Database (Worldjpn). Joint Statement of Japanese Prime Minister Eisaku Sato and U.S. President Richard Nixon. *The University of Tokyo*.
<http://worldjpn.grips.ac.jp/documents/texts/docs/19691121.D1E.html>
- United Nations-Treaty Series (1966). *Japan and the Republic of Korea Treaty Basic Relations*.
https://treaties.un.org/doc/Publication/UNTS/Volume_583/volume-583-I-8471-English.pdf
- Wakayama, Yoshibumi (1999). *The postwar conservative view of Asia: how the political right has delayed Japan's coming to terms with its history of aggression in Asia*. Tokyo: LTCB International Library Foundation.